



**PADRE JOSE DEL ROSARIO FLORES TORRES**  
(1893 - 1983)



*Queridos hermanos,*

*En el segundo aniversario de su muerte, queremos recordar con afecto fraternal al PADRE JOSE FLORES TORRES, con un profundo agradecimiento al Señor por habernos regalado en él un modelo de vida salesiana.*

*Este reconocimiento y afecto nos llevan a presentar algunos rasgos de su vida, con la esperanza que su recuerdo permanezca vivo entre nosotros y constituya un estímulo para crecer en el espíritu de don Bosco.*



## UN SALESIANO ALEGRE

Mes de febrero. Tiempo de descanso veraniego. De calles y patios desiertos y de gente que huye del sofocante calor para refugiarse en la cordillera o en las playas.

Para la inspectoría salesiana febrero es mes de cambios. Los hermanos que han recibido la "obediencia" dejan su casa y van a su nueva destinación.

También para la Gratitud Nacional se había anunciado cambios aquel año. Hacia fines del mes de febrero debía llegar el nuevo director. No todos los hermanos lo conocían. Por lo menos el Padre José Flores nunca lo había visto y era natural su curiosidad por conocerlo y saludarlo.

El Padre José, en esa época, era un hombre de mucha edad. Los años y la secuela de las enfermedades lo habían debilitado mucho, sobretodo las piernas que arrastraba con mucho esfuerzo, ayudado por un inseparable bastón. Las manos ya temblorosas asían las cosas con mucha inseguridad y su hablar era más bien lento y dificultoso. En cambio, sus ojos conservaban intacto todo el vigor de la vida. Chispeantes y vivarachos, transparentaban mucha picardía. Pequeños y siempre brillosos, de un verde intenso como laguna cordillerana, comunicaban con facilidad alegría, buen humor, sensación de cercanía. Esos ojos, de viejito simpático, eran dos chispas de fuego que comunicaban calor.

A pesar de la edad, el Padre José conservaba una alegría muy grande y eran típicas las bromas y las tallas con los hermanos de la comunidad. Su trato era muy sencillo y profundamente fraternal. Con ocasión de la próxima llegada del nuevo director los hermanos le decían, en son de broma:

- Padre José, pórtese bien. Va a llegar el nuevo director.
- ¡No me digal! ¿Y cuándo va a llegar ese gallo? respondía pícaro.
- Y llegó el nuevo director. Y lo fue a saludar.

Al verlo el Padre Flores dejó transparentar un poco de frustración. Esa persona que estaba ahí, delante de él, difería sustancialmente de la imagen que él se había forjado. Y creyó que era una broma de los hermanos, una más de las muchas que acostumbraban hacerle. — ¡Ah! — le dijo al recién llegado. ¿De modo que Ud. es el nuevo director? ¡Caray! ¿Sabe una cosa caballero? ¡Mi abuelita tiene más cara de director que usted! —

Pero en los días siguientes pudo darse cuenta que ése era realmente el nuevo director. Quiso entonces acercarse a él para tratar de arreglar lo que él consideraba un chasco. Un día, mientras se salía del comedor, se le acercó, le tomó cariñosamente la mano, se la besó y le dijo: — Reverendo Padre, mis humildes respetos. Ya veo que Ud. es nuestro Padre Director. Estoy completamente a sus órdenes—.

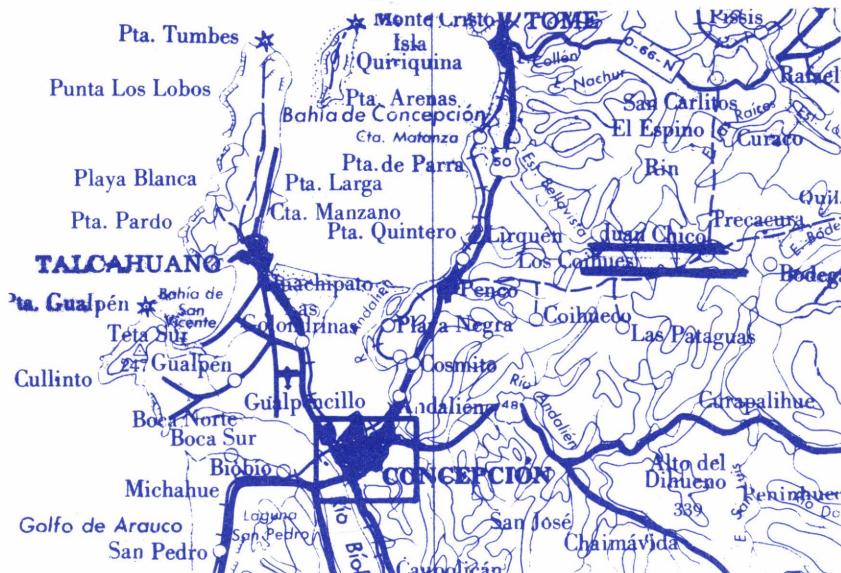
Sin embargo, esas palabras tan humildes y afectuosas no correspondían a su mirada. Había en sus ojos traviesos un asomo de picardía. Miraba como el niño que está hurdiendo una travesura. Después de dirigirle esas palabras, siguió caminando lentamente hacia la puerta y, ya con su mano en el tirador, casi afuera, se volvió y con una risa simpáticamente burlona, le dijo: — Pero, ¿sabe una cosa, mi querido Padre? ¡No tiene cara de director! — Y cerró de un golpe la puerta, alejándose con paso rápido. Su risa franca y alegre no dejaba oír el ruido de sus pies que se arrastraban sobre las baldosas.

El Director quedó feliz, muy contento al constatar que en el Padre José Flores estaba presente Dios, en su alegría y su gran simpatía.

## HIJO DE INQUILINOS

José del Rosario Flores Torres nació el 2 de octubre de 1893 en "Juan Chico".

Situado a 10 kilómetros al Noreste de Penco, Juan Chico en ese tiempo era sólo un fundo. Aún hoy, es un simple caserío, perteneciente a la comuna de Penco y que por sus características nos recuerda fácilmente I Becchi, localidad natal de Don Bosco. Adosado graciosamente en los faldeos de una colina de suaves lomajes, Juan Chico es una gran extensión de viñedos, solo interrumpidos por pequeñas chacras que rodean las casas de los inquilinos. Grandes manchones de aromos adornan de tanto en tanto todo aquel paisaje que ya en agosto, como preludio de la primavera, se cubre de un amarillo intenso, dando un cariz de belleza singular a toda la zona. Abajo, a los pies del cerro, se desliza con dificultad un pequeño riachuelo, tan pequeño que casi desaparece entre matorrales y arenas. Sorteando grandes obstáculos, avanzando quedamente, casi en silencio, llega a confundir sus aguas con el famoso Río Andalién. Solo un camino cruza el pequeño pueblito, sólo un camino de tierra. En verano es una gran polvadera y en invierno el barro pone a dura prueba los pocos vehículos que se aventuran por esas soledades.



JUAN CHICO, cerca de Penco, en la provincia de Concepción.

Es ésa una zona histórica. Está situada en el límite norte de la que fue patria de los araucanos, el gran pueblo que sorprendió a los conquistadores españoles por su fiereza y capacidad guerrera. Por aquellas tierras del Andalién, enmarcada entre el Bío-Bío y el Itata, anduvieron Lautaro, Caupolicán y Galvarino al frente de sus huestes, oponiendo feroz resistencia al invasor. Por allí se conocieron las gestas de Pedro de Valdivia, García Hurtado de Mendoza y de muchos otros. Fue en esa tierra histórica donde nació nuestro Padre Flores.

Su padre, José Filomeno, era inquilino en el fundo. Su trabajo consistía en realizar las faenas que demandaba el campo: cuidar la viña, revisar los cercos, podar, etc. Oficio muy pobre en aquella época.

Su madre, doña María Petrona, cuidaba de las labores domésticas. Un matrimonio muy joven al nacer José del Rosario, de convicciones cristianas muy profundas, de enraizada devoción mariana, amor que quisieron testimoniar en el nombre dado a su hijo, José del Rosario.

De sus jóvenes padres heredó hermosas virtudes que lo distinguieron toda la vida. Su gran bondad, su capacidad de comprensión y de simpatía, su facilidad en hacerse querer recordaba el carácter de su madre. En cambio, de las características paternas heredó una gran alegría, una picardía que le fue típica toda la vida, un gran entusiasmo y optimismo, una especial facilidad para la “talla” siempre oportuna; también heredó un temperamento enérgico, a veces terco, que le acarrearía algunos problemas en su vida salesiana. Pero lo que primordialmente le dieron sus padres fue una formación cristiana muy profunda, expresada a través de tantas devociones populares y alimentada en el ejemplo de ellos mismos.

## INGRESA AL COLEGIO SALESIANO DE CONCEPCION

La necesidad de educación del pequeño José, la posibilidad de mejores expectativas económicas y el deseo de alejarse de las soledad del campo, persuadieron a la familia Flores Torres a dejar el fundo Juan Chico y establecerse en Penco. Allí don José Filomeno logró un empleo en la Refinería del pueblo, trabajo que le permitió alcanzar una situación económica buena. Pero sobretodo se dio la posibilidad de estudio para el pequeño José, quien pudo ingresar a la escuela del pueblo para realizar el primer año básico. Estamos en el año 1903 y José del Rosario tiene ya 10 años.

El ambiente de superación que se vive en el hogar, la vecindad con la ciudad de Concepción y sobretodo la gran fama de que goza el colegio de los salesianos hacen entrever al padre un futuro mejor para su hijo José. El niño había demostrado mucha inteligencia en la escuela. Sobresalía entre los compañeros. ¡Quién sabe, si, enviándolo a la ciudad —pensaba el padre— no se lograría para él una carrera importante!

Así, a los 13 años ingresa como alumno interno a la sección estudiantes del Colegio Salesiano de Concepción donde cursa la cuarta y la quinta preparatoria.

El ambiente salesiano transformó totalmente las inquietudes del adolescente de Penco. Ese joven de 14 años, madurado en el duro trabajo del campo y en el testimonio de vida cristiana de sus padres pudo percibir claramente que el Colegio Salesiano no era un simple trampolín para adquirir una buena oportunidad en la vida y formarse una carrera con status social. La Congregación salesiana, esa joven y pujante institución que lo estaba formando, con apenas 19 años de presencia en Chile, era una fuerza que lo atraía, que lo entusiasmaba. Le parecía oír con claridad la voz del Señor que lo invitaba a seguir las mismas huellas de los primeros chilenos que se quedaron para siempre con don Bosco, como Camilo Ortúzar y tantos otros.

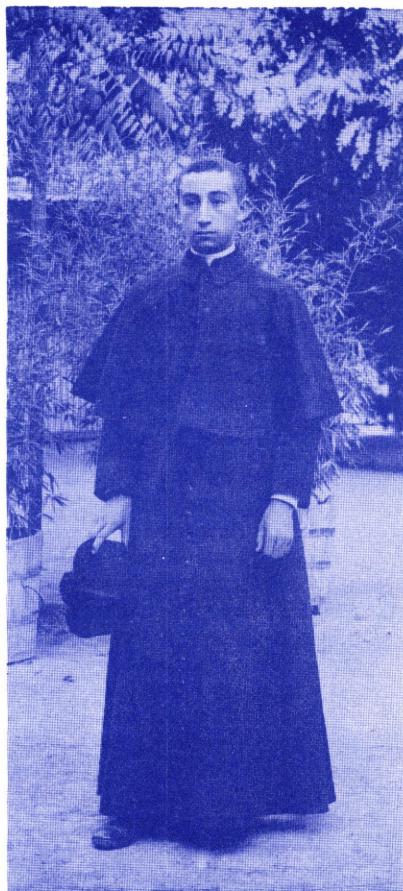
Así, maduradas sus inquietudes vocacionales, solicita ingresar al aspirantado de Macul, donde realiza la 6<sup>a</sup> preparatoria, el 1<sup>o</sup>, 2<sup>o</sup> y 3<sup>o</sup> humanidades.

## LOS AÑOS PRECIOSOS DE LA FORMACION

El Padre Flores realiza el Noviciado en Macul el año 1912, al final del cual emite la profesión. Los dos años siguientes cursa la filosofía en el estudiantado de la misma comunidad maculeña. Despues de la experiencia del tirocinio vuelve a la misma casa de Macul para realizar los estudios teológicos que completará, sin embargo, en Bernal-Buenos Aires, donde es ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1921.

Al echar las bases de su vida salesiana, José Flores pudo percatarse que entre su manera de ser y el espíritu salesiano había mucha similitud, constatación que le produjo profunda satisfacción. Su gran alegría, su buen humor, eran cualidades que el mismo don Bosco recomendaba a sus salesianos como muy necesarias. Las grandes serenatas maculeñas, hechas de cantos, chistes, anécdotas, eran muy parecidas a las largas veladas en su casa de Juan Chico o de Penco, donde el papá se lucía con chistes y sabrosos chascarrillos. El espíritu de piedad, asimilado en su hogar, le permitió ahondar en la espiritualidad salesiana que también era muy sencilla, hecha de mucho amor y de abundantes prácticas de piedad. Pero también, en esos años de formación, se vio en la necesidad de esforzarse seriamente para corregir ciertos rasgos de su temperamento, su comportamiento a veces difícil, sus frecuentes explosiones de rabia. Es él mismo quien lo afirma: "Me es es abrumador el pensamiento de obligarme con voto a Dios, majestad y perfección infinita. Y aumenta mi sobresalto al considerar mi fragilidad que, no bien encuentra la ocasión, se hace mil pedazos. (Duante el noviciado) no domé totalmente mis defectos, en especial el carácter, a pesar del "fortissimamente volli"; las raíces del mal eran demasiado profundas en mí, principalmente la de la cólera que cotidianamente está regada por una sangre que le da vida". En efecto, los superiores, al admitirlo a la profesión después del noviciado, le reconocen su inteligencia, su profunda piedad y otras cualidades; pero también le observan que tiene una carácter fuerte, muy energico.

Pero, fue muy dócil a la gracia de Dios, porque a través de los años de formación, se transformó en un excelente salesiano.



Novicio, en 1912

## SU VIDA APOSTOLICA

El lema sacerdotal del Padre Flores fue: “**Cantaré eternamente las misericordias del Señor**”. Su vida apostólica, realizada a través de las diferentes misiones encomendadas por la Congregación, constituyó el desarrollo de este lema.

Tres fueron los ministerios a través de los cuales vivió su vida sacerdotal salesiana: fue consejero escolar, catequista y confesor. Y en el ejercicio de estos cargos testimonió una profunda espiritualidad salesiana, caracterizada por tres rasgos de su personalidad: una piedad profunda y sencilla, una bondad paternal y una alegría contagiosa.

## SU PIEDAD

Los Hermanos que lo conocieron dan testimonio de él como de un salesiano muy piadoso, profundamente amante del Señor y de la Virgen María y hombre de mucha oración.

Para el P. Flores, ya lo hemos afirmado, la experiencia del Noviciado no fue el descubrimiento de algo nuevo, sino la prolongación y profundización de grandes valores aprendidos en el seno de su hogar, entre otros, el de una devoción muy profunda y sencilla a la vez. Es por eso que alimentaba su vida de piedad con las prácticas típicas de la tradición salesiana en perfecta simbiosis con tantas oraciones y devociones que había aprendido en su niñez y que conservó toda su vida. La meditación, el Rosario, la Sta. Misa, el Breviario, etc. eran la celebración diaria de la liturgia de la vida, eran una verdadera fiesta del encuentro del hijo con el Padre Dios, según la más típica costumbre salesiana. Pero también expresaba su modo personal de ser hijo de Dios con otras prácticas más personales, también de ritmo diario: el Vía Crucis, la Corona de Sgdo. Corazón de Jesús, la Corona angélica para conseguir la vida interior, la devoción a las almas del Purgatorio, las oraciones antes y después de la misa y sus oraciones de la mañana y de la noche.

Realmente, para el Padre Flores, su vida religiosa, aún en medio de las preocupaciones del trabajo diario, fue ante todo un encuentro amoroso con el Padre Dios. Fue la vivencia de su lema sacerdotal, una liturgia de alabanza, un canto a la bondad de Dios.

## SU BONDAD

El Padre Flores se distinguió también por su bondad. Hay muchos hermanos que pueden dar testimonios muy interesantes, por haberlo conocido de cerca.

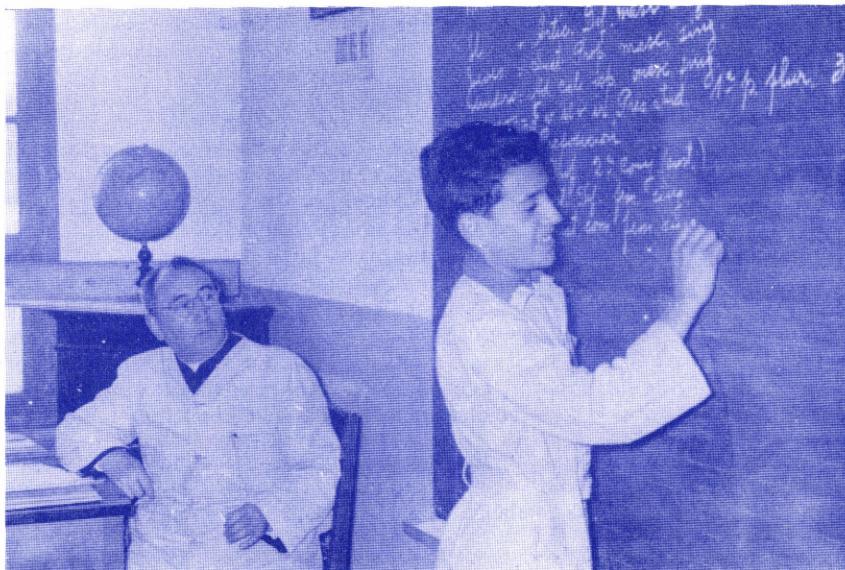
Escuchemos a uno de ellos: “**Lo conocí en Valdivia, en cuyo Instituto Salesiano fue catequista, consejero escolar, organista, enfermero, con increíbles recursos, y director de teatro; cargos que desempeñó a entera satisfacción. Prudente, bondadoso, condescendiente llegó a ser gran amigo y confidente de los alumnos cuya presencia era reclamada en el patio para animar los juegos”.**

Otro hermano nos contó: “**Tuve la dicha de conocer al P. Flores cuando ingresé al Liceo Juan Bosco, en donde él era consejero. Para nosotros, los internos más pequeños era un amigo muy simpático, que nos conocía a todos y nos ubicaba por nombre. Lo seguíamos y rodéábamos porque siempre tenía alguna salida para entretenernos. Como consejero jamás levantaba la voz. Su sola presencia era suficiente para imponer serenidad”.**

He aquí otro testimonio: "Para nosotros los tirocinantes era el amigo: siempre nos animaba con su amistad y su consejo. Era también un modelo. Siempre mirábamos hacia su curso para imitar su metodología y tratar de conseguir lo que él lograba con su calma, serenidad y bondad".

Y, por fin, en relación a la manera como ejercía el cargo de consejero, figura tan temida en aquellos tiempos: "Como consejero fue modelo en su deber. Constante, prudente, sin gritos o modos bruscos. Sereno en avisar o aplicar pequeños castigos a los niños por sus faltas de disciplina. Nunca los despedía de sus castigos sin una palabrita oportuna".

Fue un modelo de educador salesiano, que debe evangelizar y educar según el Sistema Preventivo que es, precisamente "la bondad erigida en sistema".



Para él, la clase fue un verdadero apostolado. Todos lo admiraban por su bondad.

## SU ALEGRIA

Entre las virtudes más sobresalientes del Padre Flores debemos anotar su alegría, su jovialidad, su constante buen humor, características que nos hablan de una vida serena, feliz, sin nostalgias.

Siempre agradecía el hecho de haber encontrado en la Congregación un ambiente muy apto para el desarrollo de esas características y muy similar al que él vivió en su hogar. Una vez afirmó: "Mis hermanos salesianos me dan la dulce impresión de estar gustando aquí la felicidad de los dulces primeros años hogareños". Por eso recordaba también con mucho cariño los años de aspirantado y de Noviciado.

Todos lo recordamos por su jovialidad, su picardía, sus chistes y tallas que él utilizaba siempre con la finalidad de crear un ambiente agradable, alegre y fraternal, ya sea entre los alumnos como entre los hermanos, especialmente en los momentos del comedor.

## LA DIFÍCIL OBEDIENCIA

El P. Flores se sentía profundamente tímido, poco audaz en tomar decisiones. A pesar de su temperamento fuerte e impulsivo, de su capacidad de entablar amistad y relaciones sociales, no poseía cualidades de liderazgo: así, por lo menos, pensaba él. Y esta timidez lo llevó a rehuir los cargos de responsabilidad, hacia los cuales experimentaba verdadero horror. Sólo en una oportunidad, en 1925, aceptó ir de director suplente al Colegio de Iquique, para hacer frente a graves situaciones locales, pero sólo por un año.

Igualmente el cargo de economista le resultaba particularmente doloroso. A este respecto escribió en una oportunidad: “**Sólo una vez hice la experiencia de prefecto y salí maldiciendo las prefecturas y con una aversión invencible hacia ellas. Si no he aceptado el cargo de director, porque no sirvo para imponerme y administrar, menos puedo aceptar el de prefecto que es todo imponerse y administrar**”.

Es interesante reportar aquí un episodio de su vida, que él mismo nos contara. El nos ayuda a entender mejor la contextura religiosa del P. Flores, el esfuerzo ascético que significó para él vivir la obediencia y la profunda sensibilidad de su alma. Un episodio como éste, aumenta nuestra admiración por este sacerdote que tuvo que luchar por ser fiel a su consagración religiosa empeñando en ello toda su capacidad ascética.

Corría el año 1950. Mes de enero; época de cambios y de cartas de obediencia. El P. Flores yace en cama, muy débil, aquejado de una profunda jaqueca que ni siquiera con sedantes logra aliviar. Sólo reconforta el “rumor” que llega a sus oídos: el P. Inspector lo enviaría a la casa de Jahuel en calidad de confesor. El hermano que lleva esa “información” lo felicita porque ese cambio le sería totalmente favorable. El P. Flores así lo piensa y ya empieza hacer planes. Pero llega la carta de obediencia y su contenido lo deja estupefacto: no es destinado a Jahuel como confesor sino a una casa de Santiago y en calidad de... economista.

Nos imaginamos la tormenta interior que debe haber experimentado el P. Flores, pues, apenas leída la carta, se levanta de la cama y escribe al P. Inspector en los siguientes términos: “... abro la carta tan esperada y me encuentro con la infeliz noticia que no puede haber sido sugerida por Dios.

**...Le escribio esta carta con toda resolución de no, no admitir este nombramiento que lo considero francamente equivocado...**

**...Perdone que sea tan franco, pero una cosa así indica una injuria y provoca una rebelión. Ahora mismo estoy con tanto dolor de cabeza que sólo por la necesidad estoy trazando estos renglones que empeoran mi mal...**

El Inspector de la época, P. Guadencio Manachino, hombre paternal y comprensivo pero sincero y franco en exponer su pensamiento y en el ejercicio de su ministerio de animación, le contestó. “**Mi querido P. Flores: con pena te escribo la presente, aunque pienso que todos podemos tener un mal momento en la vida. Antes de contestarme habrías podido esperar que se te pasara el dolor de cabeza, así habrías obrado más sabiamente...**”

Y en su carta le expone las consecuencias de un proceder reñido con el espíritu salesiano, las exigencias de la misión comunitaria y al mismo tiempo le habla de la real posibilidad que tiene cada hermano de exponer las propias dificultades al Superior, quien está siempre dispuesto al diálogo.

La respuesta franca y clara del P. Inspector provocó una revolución interior en el corazón noble y sensible del Padre Flores. Pasados los momentos de crisis, aquilató en toda su magnitud las consecuencias de su conducta y se apresuró a escribirle al P. Manachino:

"Si S.R. me dice que con pena me escribió, suponga con qué sentimientos le escribo la presente... Realmente es doloroso constristar el corazón de un Padre y sobre todo si este Padre es tan bondadoso".

"Le pido perdón no tanto por las consecuencias que se merecen frases no bien meditadas, sino por la pena con que he amargado su corazón paternal... Esas frases no bien meditadas de mi carta fueron efecto de una reacción demasiado violenta... Le ruego que olvide la torpeza de este momento y así pueda todavía tener confianza para llamarle hijo de un padre tan bondadoso como S.R."

Es ciertamente aleccionador este episodio de la vida del P. Flores. El comprendió que, si la vida de Comunidad comporta crisis y dificultades, éstas se superan con esfuerzo ascético. Con su testimonio nos demostró que la razón de nuestra vida cristiana es la participación profunda en la vida de Cristo, obediente hasta la Cruz. Fue por esa obediencia que El ha merecido su resurrección y nuestra redención.

## EL ENCUENTRO DEFINITIVO CON DIOS

Los hermanos de la Gratitud Nacional agradecemos a Dios el privilegio de haber gozado de la presencia del P. José en sus últimos años de vida y de haber recibido los beneficios de su último ministerio, ejercido con bondad y sencillez: el ministerio de su ancianidad, ministerio que comporta especialmente el testimonio de una existencia entregada en su totalidad a Dios como bien supremo.

El P. José llegó a esta comunidad el año 1979 en calidad de enfermo grave. Se temía un inminente desenlace y, por lo tanto, un traslado a esta casa, situada en el centro de Santiago, posibilitaba una atención más esmerada.

Los cuidados médicos y las atenciones de los hermanos lograron un restablecimiento notable en su salud. Así pudo incorporarse a la vida de la Comunidad ejerciendo en ella el admirable ministerio de la ancianidad, dándonos el aporte de su ininterrumpida oración, de su consejo, de su gran alegría y buen humor: una presencia que duró casi cinco años.

Pero, con el pasar del tiempo y a pesar de los permanentes cuidados médicos, su otrora robusta fibra de hijo de campesino se fue paulatinamente debilitando. Sus muchos años le agobiaban sobremanera. Sus piernas ya no respondían al impulso de su voluntad y le impedían caminar. Su rostro, antes terso y juvenil fue tornándose cada vez más pálido. Sus ojos, siempre llenos de luz y de vida, se fueron poco a poco hundiendo en su rostro. Su frente, siempre allanada, no pudo ya en su lucha contra tantas arrugas que la querían invadir. Esas manos, que por tantos años estrecharon con firmeza y calor las de los amigos, se fueron quedando quietas, sin ese impulso vital de la sangre que afluía ya con mucha lentitud desde el debilitado corazón. Su organismo ya no funcionaba. Era la muerte que se acercaba poco a poco, que lo reclamaba para llevarlo a la casa del Padre.

El 18 de agosto de 1983 le administramos el Sacramento de los enfermos. Luego, una fuerte baja de presión lo introdujo en un profundo sopor, antesala de la paz de la muerte, del cual ya no se despertaría.

Así Dios lo fue llamando, poco a poco, quedamente, en silencio, sin dolor : a las 19,45 hrs. del 1º de octubre de 1983 el Padre José Flores entreba a la VIDA. Le faltaban pocas horas para celebrar 90 años de vida en la tierra: Dios quiso que los celebrara en el cielo.

*Tu muerte hermano José del Rosario,  
no nos deja tristes. Nos encuentra agradecidos  
por tu vida; alegres por tu llegada a los  
brazos del Padre; esperanzados en el  
encuentro definitivo.*

*P. Juan Carlos Favaretto SDB.  
Comunidad de La Gratitud Nacional.*

*Santiago, 7 de octubre de 1985, fiesta de la Virgen del Rosario.*

## **DATOS PARA EL NECROLOGIO**

Sacerdote José del Rosario Flores Torres

Nacido en Penco (Concepción) el 2 de octubre de 1983<sup>1893</sup>

Muerto en Santiago, Gratitud Nacional, el 1º de octubre de 1983  
a los 90 años de edad, 70 años de profesión y 62 de sacerdocio.



